

LA EUCARISTIA,

memorial de la vida oculta de Cristo

Con el título *El misterio del altar*, y para formar parte de la biblioteca de la Liga de damas católicas colombianas, nuestro docto catedrático presbítero don Alvaro Sánchez ha publicado un primoroso libro, que no vacilamos en recomendar a nuestros discípulos y demás lectores de nuestra REVISTA. El autor sigue las huellas de fray Luis de Granada; pero no como el rústico que va borrando con sus toscas almadreñas los vestigios que dejó en la arena húmeda de la playa el pie descalzo de aristocrática doncella, sino como el niño que anda, sin deformarlos, sobre los pasos de su madre.

«El vocabunt nomen ejus Emmanuel, quod est interpretatum nobiscum Deus».

«Y será llamado Emanuel, que significa Dios con nosotros».

San Mateo, I-23.

Dice Kempis que toda la vida del cristiano ha de ser meditar en la de su Señor porque de esta consideración fluya la serena corriente de los santos pensamientos y perfectas obras, pues así como el que quiere entrar en batalla pone delante de sus ojos los ejemplos de otros más esforzados varones con el fin de templar los bríos, y discurre cómo ellos se hubieron, cómo lidiaron y triunfaron para de la misma manera haberse en los riesgos, soportar

con entereza los trabajos y merecer la corona; así el cristiano en esta espiritual milicia ha de poner los ojos en Cristo, su capitán, y ver cómo él, siendo Dios, se hizo humilde, y siendo inocente y sin mancha, por cuanto tenía apariencia de pecador, consintió en sujetarse a las asperezas de una vida trabajada, a los dolores y a la muerte. Mire cómo después que hubo con grande valentía peleado la batalla de su pasión, y dado sus espaldas a los flagelos, y sus mejillas a las bofetadas, y sus manos y pies a los clavos, y luégo que entre dolores rindió el postrimer aliento, al día tercero salió vivo y glorioso de la tumba y con este triunfo asentó la verdad en el mundo; aprenda con esto el cristiano a no desmayar en los trabajos con la esperanza puesta en las promesas advenideras. Sepan, pues, los atribulados que después de la noche viene el día, y al dolor sucede el gozo, y después de los azares del riesgo se sigue el reposo del puerto.

Maestro es Jesús desde la humildad de las pajas a las afrentas de la cruz, maestro que no se para en palabras, mas en seguida las confirma con ejemplos; no le basta dictar lección en el apacible retiro donde sus discípulos le escuchan, sino que sale de allí para ir delante de ellos mostrándoles con la práctica de su vivir sublime, la perfección de una ciencia encaminada no al aplauso de las gentes sino a merecer la aprobación del Padre; aprendida no en las escuelas de los hombres sino en el seno de Dios.

La consideración de la vida oculta y pobre de Cristo ha de despertar en nosotros el amor a la humildad, base insustituible de toda verdadera virtud; la de su vida pública, celo por la salud de las almas a imitación de aquel buen pastor que tomó sobre sus hombros a la ovejita descarriada, confianza en el profeta que sembró su paso de milagros, amor al padre que perdona al pródigo, acoge a la pecadora y se hospeda en casa de los publicanos; la meditación de los misterios de la cruz ha de producir en

nosotros la sincera detestación de la culpa, causa única de tan crecidos dolores, y admiración y pasmo en vista del pródigo amor de Jesús; los misterios de gozo: la resurrección y ascensión han de producir gozo espiritual, desdén por los atractivos de la tierra y anhelos de las eternas alegrías.

En esta parte de nuestro opúsculo nos proponemos hacer el cotejo de la vida terrena de Cristo con su vida eucarística. En este capítulo y en los tres siguientes veremos cómo el Sacramento es el memorial de la vida oculta, pública, dolorosa y gloriosa de Cristo.

El Señor Jesús, como sabemos, ordenó quedarse oculto en venerable Sacramento, entre otros misericordiosos fines, para darnos un remedio contra el olvido. Bien conocía El nuestra olvidadiza condición, y cómo lo que hoy veneramos mañana postergamos y lo que antaño fuera objeto de singular alabanza, al presente apenas si se da de ello memoria. Grande y temeroso castigo fue el diluvio, pues ¿quién creyera que de ahí a poco los hombres habrían de trajinar los mismos senderos de injusticia y beber de la misma copa vendada? Copiosas fueron y sobre todo encarecimiento admirable las misericordias que el Señor usó con su pueblo; pues, ¿quién pensara que esa misma generación escogida, ese linaje así favorecido había de adorar, casi a ojos de su caudillo, un becerro y quemar incienso a la misma hechura de sus manos? Por donde ni el señuelo de las promesas ni la vara de los castigos son bastantes a grabar en los hombres el recuerdo eficaz de Dios. En la nueva alianza así como habían sido crecidas las bondades del cielo, así había de ser sin par o semejante al recuerdo que de ellas nos dejase. «HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ, dijo el Señor» (1). Conviene saber: reiterad este misterio de amor, este milagro de mi

(1) San Lucas, XXII-19.

caridad, porque perpetuamente os hable de cuanto hice por vosotros. El os diga de mi pasión y de mis dolores, como de mis predicaciones continuas y mis numerosos milagros; de mis pasos en pos de la oveja descarriada, de mis pláticas, en la fatiga del medio día, junto al brocal del pozo o al claror de la luna, en la terraza de Nicodemo; él os cuenta los misterios de mi infancia, mi nacimiento en la vileza de un establo, las cuitas de mi madre, mi desamparo y mi pobreza: como que no os redimí menos con mis lágrimas de niño que con mis fatigas de apóstol, con los fríos del invierno en mi carne recién nacida que con los cardenales de mis espaldas flageladas.

La Eucaristía nos habla de la vida oculta del Señor. Entendemos por vida oculta de Cristo el largo período corrido desde su encarnación en las entrañas de María hasta el comienzo de su misión apostólica con el bautismo en el Jordán, largo período todo florecido de ternura. Siguiendo el relato de los Evangelios, escojamos tres hechos salientes y que hacen más a nuestro propósito, así: encarnación, nacimiento y adoración de los pastores y de los reyes, y veamos de qué suerte renueva estos misterios en la callada soledad de nuestros altares.

Corría el año 42 del reinado de Augusto. El mundo todo alentaba en paz después de prolongadas y continuas guerras. Allá en las riberas del Tíber el mármol embellecido por el arte se lanza a la altura en glorificación del orgullo y de la mentira; las púrpuras, los ricos metales, las piedras raras y preciosas adornaban las moradas de los señores de la tierra; legiones numerosas y aguerridas mantenían en todos los confines la grandeza imperial; innumerables siervos bajo la fusta de sus amos construían palacios, espaciosas vías y soberbios monumentos: en ese vasto universo donde unos se hartaban de goces en tanto que otros arrastraban la dura cadena de la servidumbre, ¿quién había de pensar en Dios? Todos, víctimas de la

misma ceguedad, rodaban en espantosa turbonada, del trono o de la ergástula al hórrido abismo de las tinieblas sempiternas.

Apiadóse el Padre de tamaña desventura y decretó enviar a su Verbo a la tierra, mas no por mediación de cuanto la sabiduría humana estima levantado e ilustre; no quiso rodearlo de profanos esplendores, y así escogió por madre a una pobrecita hebrea, de claro linaje, es verdad, pero entonces tan abatido que no le quedaban de sus antiguos dominios sino lá parcela donde se alzaba su morada, y de su ilustre corona el modesto velo que ceñía sus sienes, y de su cetro real la rueca en que hilaba lino por ventura para ganarse el sustento.

A ella, pues, llegado el tiempo del misericordioso consejo del Altísimo, envió su mensajero. Caería la tarde en la remota y olvidada Nazaret. María en casto recogimiento alzaría al cielo su plegaria vespertina cuando se hizo visible a sus ojos Gabriel, portador de la maravillosa embajada.

Saludóla llamándola bendita entre las de su sexo, llena de gracia, y anunciándola que sería bendecido el fruto de sus entrañas; turbóse María y preguntó el cómo de ese, al parecer, imposible suceso. El ángel respondió: «EL ESPÍRITU SANTO DESCENDERÁ SOBRE TÍ Y LA VIRTUD DEL ALTÍSIMO TE HARÁ SOMBRA. POR TANTO, EL QUE DE TÍ NACERÁ SERÁ LLAMADO HIJO DE DIOS» (1). Con todo, aún no se ha verificado el altísimo misterio de la encarnación del Verbo, requiérese el consentimiento de María, precisa que abra sus labios y pronuncie la palabra salvadora.

Dios llama a la puerta de su criatura, ella franqueará la entrada; y el que no conocía origen porque es antes de todos los siglos, ni linderos porque con su inmensidad lo colma todo y lo penetra, comenzará a ser en el tiempo y

(1) San Lucas, I-35.

se verá reducido al estrecho claustro del seno maternal. Hubo un momento en que la salud del mundo estuvo pendiente de los labios de María, en que Dios mismo, para dar cumplimiento a la obra misericordiosísima de la reparación humana, aguardó el «hágase en mí según tu palabra» de la doncellita nazarena; Ella dará su carne y su sangre para que Dios pueda padecer y morir; Ella acunará en sus brazos al que se asienta en un trono de querubines y tiene por escabel de sus pies las frentes puras de los ángeles.

«*Fiat mihi secundum verbum tuum*», dijo María, y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Fué, el mundo continuaba rodando indiferente. Darían al aire sus tonadas los campesinos en la paz vespéral; en Jerusalén, los sacerdotes ofrecerían sus sacrificios de vinos y aceites, ignorantes de que vivía ya en la tierra el que debía purificar el templo y darnos el sacrificio esencial; más lejos, en Roma, los grandes soñarían conquistas, sin siquiera imaginarse que el gran conquistador de las almas vivía, como en immaculado tabernáculo, en las entrañas de una Virgen. ¡Qué sencillez! ¡cuán calladamente ejecuta Dios sus designios!

Volved la vista al altar y pensad si la milagrosa transubstanciación del pan y del vino no es una imagen de aquel alto misterio que siglos ha se realizó en Nazaret. La hostia blanca, el vino del sacrificio están en el altar; ceremonias, augustas en su sencillez, acompañan la celebración del admirable sacrificio cristiano. El sacerdote inclínase sobre la ofrenda lleno de reverencial afecto hacia su Dios, que puso en sus manos poder tan venerado; pronuncia unas breves palabras, las mismas que Jesús dijera en la Cena, y Cristo deja la diestra de su Padre, desciende a la voz de una criatura, y habita entre nosotros, encubierto bajo las especies sacramentales. Y como el Señor

que se encarnó en María es el mismo que se sacramenta, ahora como entonces, plácele el silencio y gusta de pasar inadvertido a las miradas humanas.

Exteriormente, sobre el altar, nada ha cambiado: hostia y cáliz parecen los mismos; quisiéramos que la áurea copa y los linos fulgieran de gloria advirtiéndonos la divina presencia, quisiéramos que sobre la cabeza del oficiante un halo de luz anunciara que Dios ha bajado a sus manos; tal no sucederá, porque la Eucaristía misterio es de fe, y si a los ojos de la carne nada se muda, el alma cae postrada ante el Dios santo, huésped pobre y escondido por el amor de sus criaturas.

Fuera del templo el mundo continúa rodando indiferente: los mismos negocios embargan la atención de los hombres, las mismas pasiones los arrastran al despeñadero de su ruina, y acaso a la misma hora en que la hostia se levanta entre las manos del sacerdote, el vocear de los diarios anuncia un crimen más o entrega a la curiosidad pública una mentira escandalosa.

Vengamos a su nacimiento. Es media noche; como los posaderos de Belén negaran acogida a la Virgen, precisada por la necesidad, al rigor del invierno, sola, sin más compañía que la de su esposo José, en un pesebre da su Unigénito al mundo. «Salid, hijas de Jerusalén, y mirad al rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón. Oh! almas religiosas y amadoras de Cristo! salid ahora de todos los cuidados y negocios del mundo y, recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, ponéos a contemplar al verdadero Salvador, pacificador de cielos y tierra, no con la corona con que lo coronó su Padre cuando lo engendró eternamente y le comunicó la gloria de su divinidad, sino con la corona con que lo coronó su madre cuando lo dio a luz temporalmente y lo vistió de nuestra humanidad; venid a ver al Hijo de Dios,

no en el seno del Padre, sino en los brazos de la madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado a la diestra de la majestad de las alturas, sino reclinado en un pobre pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en los cielos, sino llorando y temblando de frío en un establo. Venid a celebrar este día de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposando con la naturaleza humana, con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en la vida ni en la muerte se haya de desatar; este es el día de la alegría de su corazón, cuando, llorando, exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio como verdadero Redentor». (Granada, *De vita Christi*).

Sobre el portal abandonado descendieron los ángeles en legiones luminosas y entonaron aquel himno que la Iglesia repite en la misa «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»; postraríanse luego los bienaventurados espíritus y adorarían en aquel infante a su Dios.

«*Ipse est Deus absconditus*», verdaderamente que es un Dios escondido, mas no tanto que el milagro de su nacimiento y el resplandor que alumbró su humilde cuna y las armonías angélicas no revelan algo de su dignidad soberana. «A donde especialmente podemos llamar a Dios, Dios escondido, dice el maestro Salmerón, es en el sacramento de la Eucaristía, y dos veces escondido: una con el velo de nuestra humanidad, y otra con el sutil cendal de los accidentes».

Aquel abreviarse el Señor hasta la pequeñez de un niño, extrémalo en el altar hasta parecer un pan; aquella pobreza de los pañales expresada está aquí con la de nuestros manteles; los coros de los ángeles callan en torno del sagrario, y, ¡oh Señor! los brazos de tu madre, perdonan si tienen tan mal sustituto, reemplazados como están por los de tus pobres sacerdotes.

Jesús fue adorado por los pastores y los reyes. Trajéronle éstos ofrendas de oro, incienso y mirra; aquéllos la de su pobreza, algún blanco recental. Los pastores fueron invitados por una maravillosa visión de ángeles; los reyes fueron conducidos por un guía milagroso, la nueva estrella que se columbró en el cielo: unos y otros lograron la dicha de adoradores de la majestad humanada por la fe de sus almas y santa simplicidad de sus corazones. Jesús quiso tener al rededor de su establo pobrecitos gañanes y monarcas sabios; quiso recibir en su choza de paja a los que comen el pan del trabajo y a los que viven en holganza, palpar con sus manecitas la zamarra de los pastores y la seda de los mantos, porque esa adoración presagiaba la de la Eucaristía. Aquí, como entonces, cuántos vinieren a los pies de Jesús, sean pastores conducidos por el ángel bueno de su sencillez, sean sabios muy lúidos en ciencias divinas y humanas, traídos por la estrella de sus convicciones religiosas, deben convenir en la fe robusta como la de aquellos primeros adoradores, en la santa simplicidad que no discute ni argumenta, en la afectuosa piedad que ofrece de lo poco o de lo mucho con generoso corazón.

Jesús sacramentado nos pide el oro de la caridad, el incienso de la adoración y la mirra de la penitencia.

Los magos le ofrecieron sus tesoros: «El oro, dice Eymard, que es el tributo destinado a los reyes; la mirra que se emplea para honrar la sepultura de los grandes de la tierra, y el incienso que es el emblema del homenaje debido a Dios. O más bien, estos tres dones son el homenaje de toda la humanidad representada a los pies del Niño Dios: el oro significa el poder y la riqueza; la mirra, el sufrimiento; y el incienso la oración. Así, pues, la ley del culto eucarístico empezó en Belén para continuarse perpetuamente en el cenáculo de la Eucaristía. Los reyes comenzaron, y nosotros debemos continuar sus homena-

jes . . . Los Magos son nuestros modelos, mostrémónos dignos de su excelsa fe en Jesucristo; seámos los herederos de su amor y algún día lo seremos de su gloria» (1).

¡Qué hermosas analogías entre estos dos misterios: vida oculta de Cristo en Belén y la vida oculta de Cristo en el Sacramento! Quien quisiere saber cómo debe tratar al Señor, tome ejemplo de María en aquel amar y servir a Jesús recién nacido; vea la conducta de los pastores y los reyes, y esfuércese por venir a Jesús con las manos llenas de dones; cuide de hacer de su corazón un nuevo portal, espacioso y aderezado, no frío sino muy amoroso y en el cual hasta las mismas bestias, que son las pasiones, vengán a quitarse y sosegarse. Brille en nuestros pechos la luz divina de la fe y canten nuestros labios el himno angélico.

Quien bien recibe al Señor da gloria a Dios y acelera para sí y para el mundo el reinado de la justicia, de la verdad y de la paz.

Dejemos al P. Faber que recapitule lo expuesto: «Si Jesús moró en las entrañas de una mujer, morando está hoy en millares de tabernáculos..... Si entonces le placía reposar en el regazo de su madre o en brazos de José, héle aquí reposando hoy cada día en las manos de innumerables sacerdotes y en la lengua de innumerables fieles. Así como María lo manifestó a los pastores y a los reyes, así también los sacerdotes lo manifiestan continuamente a las muchedumbres..... Quiso, por una vez, residir en el breve y pobre recinto de un pesebre, entre dos animales, y héle aquí hoy manifestado en millares de templos grandiosos y rodeado de amantes adoradores». Grandes y muy admirables son los misterios de ternura de Dios hecho niño, sabed que acá en el altar los renueva. Venid y adoremos sacramentado al Hijo de María, venid y bese-

(1) Eymard, *La presencia real*.

mos sus piecitos y aposentémosle en nuestras almas con amor. Démosle gracias porque una vez se hizo niño y millares de veces se nos da en sustento.

Digamos con fervorosa piedad aquel verso que la Iglesia canta en la vigilia de Navidad:

*Ilumina nun pectora,
tuoque amore concrema,
ut cor caduca deserens
coeli voluptas impleat.*

Ya, pues, Señor, ilumina con tu claridad nuestros pechos y con tu amor abrásalos, porque desprendido el corazón de las cosas caducadas se colme de gozo celestial.

Jubileo episcopal

del Ilustrísimo señor Ismael Perdomo

Nuestro amado Arzobispo, quien conforme a las constituciones que nos rigen, es rector honorario de nuestro Instituto, cumplió el pasado mes veinticinco años de consagración episcopal; y la Arquidiócesis de Bogotá y la nación colombiana le rindieron merecidos homenajes.

El Sumo Pontífice Pío XI le envió una carta autógrafa, tan encomiástica como afectuosa y lo honró con el título de asistente al Solio Pontificio; las dos cámaras del Congreso nacional le dirigieron efusivo saludo; el Presidente de la República dictó un decreto por el cual la nación se asocia a la pleitesía de los fieles; el Capítulo Catedral, el clero y las comunidades religiosas festejaron el glorioso aniversario.

Nada más justo, tratándose de un prelado cuyo único propósito es la gloria de Dios y la salvación de las almas; cuya norma son los sacratísimos cánones de la Iglesia; que es padre y amigo de su clero y sus fieles; que dejó en la diócesis de Ibagué imperecederas huellas de su paso;